La paz que el mundo no puede dar: un aporte a la geopolítica desde la espiritualidad cristiana

P. Geovanny Colorado, cjm
Director de la Unidad Eudista de Espiritualidad

El panorama geopolítico contemporáneo presenta una paradoja inquietante. Nunca la humanidad había contado con tantos instrumentos de diálogo, de comunicación y de cooperación internacional. Sin embargo, los conflictos armados, las tensiones entre grandes potencias, la fractura social y la violencia estructural siguen siendo una herida abierta en el cuerpo de la historia. Los conflictos en distintas regiones del planeta, el resurgimiento de los nacionalismos excluyentes, las crisis migratorias forzadas y la creciente militarización de las relaciones internacionales son síntomas de una crisis que no puede resolverse únicamente mediante acuerdos diplomáticos o equilibrios de poder.

Desde la particularidad de la espiritualidad cristiana, con su acento eudista, queremos aportar a este debate una perspectiva que, lejos de ser ingenua o evasiva, señala un tipo de profundidad que las ciencias políticas a menudo pasan por alto: el que la paz exterior es, en su raíz más honda, fruto de una ecología interior y de un encuentro transformador con el Dios de la vida. Esta convicción no es un escape "espiritualista" respecto de la realidad, sino la afirmación profética sobre las condiciones de posibilidad de una paz verdadera y duradera, pero desde la lógica de la conversión.

La crisis de paz

La tradición cristiana ha leído siempre los conflictos exteriores como espejo de una perturbación interior. San Agustín de Hipona, en su monumental obra *La Ciudad de Dios*, señaló que las guerras y los conflictos humanos nacen del desorden de los amores: cuando el ser humano ama lo que no debe, o ama en el orden equivocado, el resultado inevitable es la violencia. En sus *Confesiones*, Agustín articuló una antropología que sitúa en el corazón humano —y no solo en las estructuras externas— el origen de la paz o del conflicto: es desde las profundidades del corazón donde se decide si uno construye o destruye, si uno incluye o excluye.

Esta intuición agustiniana encuentra resonancia poderosa en la reflexión contemporánea del Papa Francisco. En la encíclica *Laudato Si'* (2015), el pontífice acuñó el concepto de "ecología integral" para señalar que la crisis medioambiental, social y política son manifestaciones de una misma raíz interior: "La degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas" (*Laudato Si'*. 56). En esta lógica es posible afirmar que no es posible sanar las relaciones entre las naciones sin sanar primero las relaciones al interior del ser humano consigo mismo, con el prójimo y con Dios. Más recientemente, en *Laudate Deum* (2023), Francisco insistió en que los problemas estructurales del mundo exigen también una transformación de actitudes, de estilos de vida y de corazones.

El monje y escritor trapense Thomas Merton, uno de los grandes maestros espirituales del siglo XX, fue todavía más directo en su diagnóstico: la raíz de la violencia en el mundo es la violencia interior no reconocida ni sanada. En *New Seeds of Contemplation* (1961), Merton sostuvo que el hombre que no ha hecho las paces con sus propios abismos proyecta inevitablemente esa guerra hacia afuera; y que la contemplación —ese silencio interior donde el ser humano se encuentra con Dios— es el acto más radicalmente político que un cristiano puede realizar, porque produce en él la transformación que ninguna revolución externa puede lograr por sí sola.

La paz bíblica como horizonte pleno

No es el objetivo de este artículo el hacer un abordaje bíblico profundo sobre la paz. Basta mencionar que la Biblia no concibe la paz como mera ausencia de conflicto. El término hebreo *shalom* designa una realidad mucho más rica, que tiene que ver con la plenitud, la integridad, la armonía relacional, el florecimiento de la vida en todas sus dimensiones. En esa lógica, la paz bíblica no es un estado pasivo, sino una acción creadora que transforma las relaciones, las estructuras y los corazones. El profeta Isaías anuncia que "el fruto de la justicia será la paz" (Is 32,17), vinculando de manera indisoluble la paz con la justicia y dejando claro que no puede haber paz auténtica donde subsiste la injusticia y se vive la exclusión o la violencia estructural.

En el Nuevo Testamento, Jesús ofrece una paz que el mundo no puede dar (Jn 14,27), no como resignación ante el mal, sino como una fuerza interior que capacita al discípulo para actuar en el mundo con amor y valentía. Esta paz es ante todo un don del Espíritu Santo —fruto del encuentro personal con el Dios de la vida—, que sana las heridas interiores y renueva la capacidad de relación y de comunión. También, el apóstol Pablo, escribiendo desde la prisión, exhorta a los filipenses a una paz que "supera todo entendimiento" (Flp 4,7) , invitando a vivir una paz que no depende de las circunstancias externas, sino de la solidez del vínculo con Cristo.

Esta comprensión bíblica de la paz tiene implicaciones directas para la reflexión geopolítica, pues ninguna arquitectura de seguridad internacional puede ser estable si no está construida permanentemente por sujetos personales y colectivos capaces de donación, de perdón y de reconocimiento del otro. La paz local, nacional e internacional requiere personas de paz, y las personas de paz se forjan en la interioridad; no hay atajos ni hay otro camino. Esta potente premisa desarma la ilusión de que la paz mundial es un frío problema de ingeniería institucional, recordándonos que los tratados de seguridad será estrategias y estructuras vacías si quienes los firman carecen de madurez ética y si carecen de una real voluntad de búsqueda del bien común y de sentido de la dignidad humana.

La estabilidad geopolítica no se sostiene únicamente con equilibrios de poder o disuasión militar, sino con una base humana profundamente cultivada en la interioridad, donde se gestan la capacidad de donación (generosidad desinteresada), el perdón (para romper los ciclos históricos de venganza) y el reconocimiento auténtico de la alteridad. No olvidemos que no existen atajos burocráticos ni algoritmos diplomáticos capaces de suplantar este proceso: las instituciones reflejan la calidad moral de sus miembros. Por lo tanto, edificar una paz duradera exige priorizar la formación de "personas de paz" dispuestas a mirar hacia adentro, transformando radicalmente la arquitectura internacional desde su único cimiento real: la conciencia y el corazón del ser humano.

San Juan Eudes y la espiritualidad del corazón: la aportación eudista

En este horizonte, la espiritualidad eudesiana, legada por san Juan Eudes (1601–1680), ofrece una contribución singular y de gran actualidad. San Juan Eudes fue un apóstol infatigable de la renovación interior en tiempos de profunda crisis. Actuó en la Francia del siglo XVII que estaba devastada por las guerras religiosas, la pobreza generalizada y la fragmentación del tejido social. Y así, su respuesta y oferta espiritual no fue una evasión de esas realidades, sino propuesta de transformación del mundo desde la renovación del corazón humano, desde la perspectiva cristiana.

Uno de los ejes centrales de la espiritualidad eudesiana es la devoción a los Corazones de Jesús y de María, entendida no como sentimentalismo piadoso, sino como una propuesta antropológica y teológica de gran profundidad. El "corazón", en la tradición bíblica y en la visión de san Juan Eudes, es el centro de la persona: la sede de la voluntad, del deseo y de la libertad. Transformar el corazón es, por tanto, transformar la raíz misma de todas las acciones humanas y de todas las relaciones. La paz está vinculada a esta renovación interior, que se expresará en la manera de vivir y convivir con los demás.

En su obra fundamental *Vida y el reino de Jesús en las almas cristianas* (1637), san Juan Eudes articula la vocación cristiana como un proceso de conformación progresiva con Cristo, de configuración con Él. En esta propuesta no se trata de imitar exteriormente las acciones de Jesús, sino de dejar que sus disposiciones interiores —su amor al Padre, su misericordia hacia los pobres, su capacidad de perdón, su entrega total— se conviertan en las disposiciones propias del creyente. En esta lógica, quien ha permitido que Cristo se forme y habite en su vida no puede sino amar como Cristo amó: con predilección por los excluidos, con capacidad de reconciliación, con entrega generosa hacia los otros, con compromiso irrenunciable por la justicia y la paz.

Esta espiritualidad cristiana de corte eudesiano tiene además una dimensión profundamente social y apostólica. San Juan Eudes comprendió que la misión no podía separarse de la formación interior. Sus más de 115 misiones populares no fueron simplemente eventos de predicación masiva, sino procesos de transformación comunitaria orientados a reconstituir el tejido social desde la conversión personal y colectiva. En lenguaje contemporáneo, diríamos que propuso una ecología interior al servicio de una ecología social, es decir, una renovación del corazón como condición para la renovación de las relaciones, las comunidades y las instituciones.

El encuentro transformador con el Dios de la vida

La espiritualidad cristiana, partiendo de la lógica de Jesús en los Evangelios, afirma que la paz no es primordialmente una conquista humana, sino un don que se recibe en el encuentro con el Dios de la vida. En realidad, la paz es don y tarea. Este encuentro, lejos de alienar al ser humano de sus responsabilidades históricas, lo lanza hacia ellas con renovada energía, lucidez y libertad. En esta lógica la contemplación auténtica no es sinónimo de huida del mundo, sino un retorno a él con ojos nuevos y con un corazón ensanchado por la gratuidad.

El filósofo Emmanuel Levinas, desde una perspectiva complementaria, señaló que el rostro del otro, en especial el rostro del otro sufriente es el lugar privilegiado del encuentro con lo Trascendente. En consecuencia, la paz, desde esta perspectiva, no se construye desde el frío cálculo del poder tecnológico, sino desde la capacidad de ver, acoger y servir el rostro del prójimo. Todo poder, incluido el poder tecnológico pide ser humanizado y habitado por la dimensión ética. La espiritualidad eudista converge con esta intuición, pues ese encuentro con el otro se hace posible en la medida en que el creyente ha sido transformado interiormente por el encuentro con Dios, pero esta experiencia pide una participación consciente por parte del cristiano: dejarse conducir por el Espíritu y permitir que sea él quien dé forma a Jesús en su corazón; y ese encuentro con Dios se concretiza en el amor activo al prójimo más frágil.

Esta dialéctica entre interioridad y compromiso histórico es una de las características clave de la propuesta espiritual cristiana: no hay paz exterior sostenible sin trabajo interior, y no hay trabajo interior auténtico que no desemboque en compromiso con la justicia y la paz.

Conclusión: una espiritualidad comprometida con la historia

El recorrido realizado a lo largo de estas páginas permite afirmar, con fundamento teológico y espiritual, que la crisis de paz que atraviesa el mundo y que se evidencia en la geopolítica contemporánea no es solo un problema de estructuras o de fallos institucionales. Es, en su raíz más profunda, una crisis del ser humano interior y de su capacidad de habitarse a sí mismo estableciendo relaciones que no destruyen a otros, sino que reconocen en ellos un rostro, un hermano y no una amenaza.

En un mundo que clama por la paz, la espiritualidad cristiana no ofrece soluciones técnicas ni cede a la tiranía de los algoritmos. Ofrece algo más radical: la transformación del corazón humano como condición de posibilidad de toda paz auténtica y duradera. Esto no resta importancia a los esfuerzos políticos, diplomáticos y estructurales; al contrario, los fundamenta y

los purifica de la lógica del poder para que se sostengan a largo plazo.

Las sociedades están compuestas de personas, y las personas actúan desde lo que son en su interioridad, pues actúan desde sus miedos, desde su libertad, desde sus heridas no sanadas, desde sus deseo más profundo o desde el gozo de un corazón transformado. Por ello, como propuesta, desde la espiritualidad, es necesario asumir el compromiso de cultivar la ecología interior como aporte genuino y necesario al debate público sobre la paz. Cada cristiano debe ser capaz de habitarse a sí mismo, de escuchar sin reducir al otro, de dialogar desde la profundidad, de construir puentes donde otros levantan muros.

Creemos, con san Juan Eudes y con toda la gran tradición cristiana, que el mundo solo cambiará cuando realmente se dé un giro y se transformen los corazones. Creemos que el Dios de la vida —el Dios de Jesús y de María, de los pobres y de la historia— está siempre dispuesto a hacer nuevas todas las cosas (Ap 21,5).

La urgencia geopolítica de la paz es, en el fondo, una invitación a la conversión personal, comunitaria e institucional. Y la espiritualidad cristiana tiene mucho que decir —y que ofrecer— en esa conversión. Por eso, la urgencia de la paz, en definitiva, es también la urgencia de volver al centro, al corazón humano donde se libra la batalla más decisiva de todas.

Referencias bibliográficas

Agustín de Hipona. La Ciudad de Dios. Traducción de Rosa María Herrera García. Madrid: BAC, 2009.

Agustín de Hipona. Confesiones. Traducción de Pedro Rodríguez de Santidrián. Madrid: Alianza Editorial, 2010.

Francisco. Laudato Si'. Sobre el cuidado de la casa común. Roma: Libreria Editrice Vaticana, 2015. En https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Francisco. Laudate Deum. A todas las personas de buena voluntad sobre la crisis climática. Roma: Libreria Editrice Vaticana, 2023. En https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/20231004-laudate-deum.html

Juan Eudes, san. La vie et le royaume de Jésus dans les âmes chrétiennes [La vida y el reino de Jesús en las almas cristianas]. En : Œuvres complètes du Vénérable Jean Eudes. Vannes: Lafolye Frères, 1905–1909. Vol. I

Juan Eudes, san. Le Cœur admirable de la Très Sainte Mère de Dieu [El Corazón admirable de la Santísima Madre de Dios]. En: Œuvres complètes. Vol. VI–VIII.

Levinas, Emmanuel. Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad. Traducción de Daniel E. Guillot. Salamanca: Sígueme, 2002.

Merton, Thomas. New Seeds of Contemplation. New York: New Directions, 1961.

Merton, Thomas. La paz en el mundo postcristiano. Burgos: Monte Carmelo, 2013.